

1: Dos que van de camino a Emaús

Pretendemos:

- Descubrir que el caminar de los discípulos y del matrimonio es de dos.
- Identificar lo que significa ir de regreso a Emaús.
- Reconocer las cegueras que los llevan de regreso y los alejan de Jerusalén.
- Ayudar a los matrimonios a reconocer su propia historia de discípulos de Cristo.

Al comenzar estas reflexiones queremos colocarnos en el camino de Emaús, como discípulos de Cristo, como esposos que llevamos una historia de vida y amor bajo la mirada del Señor Jesús. Un discípulo es el que está en la escuela, es alguien que camina, acompaña y aprende del maestro; se coloca detrás, o en un plano inferior. Ser discípulos de Jesús en el matrimonio es colocarnos en posición de quien aprende de Él el recorrido en el camino del amor, de la entrega y de la donación sin rebajas, sin descuentos, sin fingimientos; entrega total; completa.

Los Señores Obispos en el Documento de Aparecida, nos presentan a Jesús como el Camino para llegar al Padre, nosotros como discípulos misioneros reconocemos que: *“Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne, verdadero Dios y verdadero hombre, prueba del amor de Dios a los hombres. Su vida es una entrega radical de sí mismo a favor de todas las personas, consumada definitivamente en su muerte y resurrección. Por ser el Cordero de Dios, Él es el Salvador. Su pasión, Muerte y Resurrección posibilita la superación del pecado; y la vida nueva para toda la humanidad. En Él, el Padre se hace presente, porque quien conoce al Hijo conoce al Padre”* (DA 102).

Lectura: Lc. 24, 13-16.

“Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos. Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban tan cegados, que no eran capaces de reconocerlo”.

El primer dato que aparece en el texto son esos dos discípulos que se dirigen a Emaús. El nombre de uno de ellos, que aparece después en el texto, es Cleofás; el otro permanece en el anonimato, era otro discípulo. Dice Ignacio Domínguez, “quizá para que cada uno pueda poner el suyo propio... Cualquiera nombre es válido, cualquiera puede ser ese caminante desconocido de Emaús” (Domínguez, 2004). Ese segundo discípulo puede ser uno de nosotros, tú o yo; esos dos discípulos puede ser el mismo matrimonio, dos que han estado con el Maestro, que se casaron ante Él; que se han comprometido a vivir el amor, a transparentar el amor en sus vidas.

Notemos que no son simplemente dos, sino dos que han estado con Él, que se han ilusionado con su proyecto de Reino, que conocen los últimos acontecimientos: la pasión y muerte de Jesús, que han oído a las mujeres y a Pedro que ha resucitado, pero ellos no les han creído. Son dos que conocen al Maestro, que han estado con Él. El matrimonio inicia con el caminar de dos, hombre y mujer, que se comprometen a amarse y respetarse todos los días de su vida desde la fe; que quieren ser un reflejo del amor de Dios por la humanidad; del amor de Cristo por su Iglesia.

Los dos discípulos son peregrinos; están en el camino de la vida, caminan juntos. Pero ahora su rumbo es de regreso, van de Jerusalén a Emaús. En Jerusalén quedó truncado un gran proyecto, muchos sueños; se fueron abajo las ilusiones, ahí empezaron a sentir el abandono de una vocación y de un estilo de vida.

Háganse la pregunta: ¿En qué momentos de su vida matrimonial se han sentido así? Jerusalén es el escenario de la muerte; cruz y muerte eran las palabras que resonaban en los rincones del alma, ahí el camino se acabó y no había más alternativa que regresar derrotados, malhumorados, discutiendo y encrespados los ánimos. Cleofás y su compañero así lo sintieron y deciden marcharse cuanto antes. Jerusalén; el lugar del miedo. ¿Cuáles signos de muerte y dolor no redimido hay en su vida matrimonial y familiar que les hacen creer que el camino se acabó?

Emaús, dice Ignacio Domínguez, puede tener varios significados: “miedo al consejo, calor del consejo o pueblo reprobado, rechazado. Esto leído en clave espiritual, significa – en los dos discípulos- el miedo inicial que los lleva a huir, el mal consejo del miedo. Emaús aparece como el mal consejero. Ir a Emaús es alejarse de la ciudad santa, instalarse en la lejanía de Dios”. Así hacen algunos esposos: se alejan... de Dios y de ellos mismos.

Hoy tenemos noticia de muchos esposos desilusionados, que abandonan su vocación matrimonial. Fijan su residencia en formas de vida alejadas de Dios. Están tristes, decepcionados y desanimados; apagaron los motores, “tiraron la toalla”. Creen que ya no se puede hacer nada.

Su relación se vuelve más agresiva cada día más, la fidelidad les resulta complicada y no atractiva; la educación de sus hijos cada vez más difícil por la distancia generacional. No saben por dónde caminar; se espantan y optan por ir a Emaús, reprobados, por sí mismos, en su intento de ser esposos y de ser padres. Se preguntan una y otra vez, ¿en qué hemos fallado? Pero no ven aspectos sino que miran como fracaso toda su vida, lo que han hecho y hasta sus intentos bien intencionados. Huyen de su vocación, huyen del sacrificio, huyen de las ilusiones y de las ganas de seguir buscando buenas salidas.

El texto evangélico precisa que los discípulos, aunque de regreso y tristes, van conversando y discutiendo; se hacen preguntas y posiblemente uno responsabiliza al otro...

De cualquier modo, hablar y hacerse preguntas es signo de la esperanza. Quien no es capaz de preguntarse nada, es porque ha llegado a la desilusión total. Cuando ya no pregunta es porque no espera ninguna respuesta, no hay nada para decir, todo está terminado. ¿Cuáles son las preguntas que se hacen sobre su vida matrimonial y familiar?

Dialogar es, a través de la palabra, intentar alcanzar una meta; pero la meta no es la destrucción sino la edificación, no es la confusión sino el esclarecimiento del tema en cuestión. Los discípulos dialogan y se hacen preguntas. ¿Por qué no pueden encontrar la respuesta? Porque estaban tristes y porque buscaban respuestas dentro de ellos mismos; se habían olvidado de Jesús.

Su interpretación era muy humana. Actualmente muchas personas y matrimonios buscan respuestas en lo mágico, en lo supersticioso, solo en los psicólogos... en la ciencia y la tecnología... pero no van a donde Jesús, a su Palabra. Muchos matrimonios ya ni buscan nada. Podrían preguntarse, ¿Qué buscamos para nuestro matrimonio? ¿Qué esperamos de Jesús?

Hay esposos dicen creer en el matrimonio y esperan grandes cosas de él, pero se desilusionan fácilmente. Son como estos discípulos de Emaús que pronto abandonan las ganas de seguir luchando. Dice Martín Descalzo *“Eran de esos que se imaginan que creen, que se imaginan que esperan. Pero que se vienen abajo ante la primera dificultad. Y ni siquiera se rebelan ante la soledad que entonces se abre en sus almas. Son espontáneamente pesimistas. Les parece lógico que las cosas acaben mal, que se derrumben sus esperanzas. En realidad nunca tuvieron esperanzas: ilusiones cuando más. Y se las lleva el viento. Sobre todo si es un viento tan fuerte como la muerte”* (Descalzo, 2001).

Mientras los discípulos hablan y se hacen preguntas, Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos. Jesús, dirá en su despedida *“yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt. 28,20). Él no abandona a nadie, se pone a caminar a nuestro lado, camina al lado de cada matrimonio. Es “Emmanuel” Dios con-nosotros”. El está ahí; es respuesta e interpretación a sus problemas e inquietudes, está ahí para disipar la desilusión y la ceguera que el mundo les ocasiona. Los discípulos no lo reconocieron, porque estaban tristes, “deprimidos” (dirían hoy); no estaban acoplados, no miraban en la misma dirección; tenían los ojos puestos en Jerusalén y caminan a Emaús. ¿Cuáles son las cegueras en su vida matrimonial?

Dice Ignacio Domínguez: “Cleofás y su compañero ciertamente miraban el camino por donde iban, miraban a otras personas que se les cruzaban, miraban el paisaje, miraban también a aquel caminante que se les había acercado. Sus ojos miraban tantas cosas, pero no miraban lo que es más importante mirar, no miraban a Cristo que caminaba a su lado. Miraban los ojos del cuerpo, pero no los del espíritu. Los ojos del corazón son más

importantes que los ojos de la cara. En realidad, a Cristo sólo se le ve bien con los ojos interiores, los ojos de la fe y del amor. ¡Qué tragedia tan grande la de unos ojos que ven tantas cosas y no ven al Señor, llevándolo sin embargo, tan al lado! ¡Qué fuerza tan perversa y qué efectos tan negativos produce! ¡Imposibilitar el conocimiento de Cristo! Los ojos están retenidos cuando son capaces de ver el camino de Emaús, pero no son capaces de ver el Camino que es Cristo”.

Para ser testigos del Amor, en la vida matrimonial, es necesario verse como discípulos, como matrimonio que caminan juntos, teniendo al frente el mismo horizonte de vida y reconociendo a Jesús que camina con ustedes. En el transcurso de estos días queremos reconocer a Jesús y encontrarnos con Él en la vida matrimonial y familiar.

Preguntas:

- 1.- *Como esposos ¿cuáles son las dificultades que les alejan de Jesús, el Señor, y no les permiten reconocerlo?*
- 2.- *Pregúntense: ¿Qué cosas, incidentes o sucesos nos ponen tristes y nos hacen tener la sensación de que hemos fracasado?*
- 3.- *¿Qué nos hace falta para quitar la ceguera que nos impide reconocer a Jesús?*
- 4.- *San Lucas dice que mientras iban de camino “discutían” y su cabeza se calentaba mientras que su corazón estaba frío. ¿Cuáles son las cosas, temas o áreas por las que discutimos con mayor frecuencia y hacen que se nos enfríe el corazón?*
5. *¿Qué le decimos a Jesús al mirar nuestras respuestas?*